

Ángela Pradelli

El lector como destino

Ese año éramos las dos nuevas, y los primeros días estábamos solas en los recreos y nos sentíamos bastante perdidas entre tantos compañeros desconocidos a los que además nos costaba acercarnos. Pero a las dos nos gustaba leer, así que, además de la soledad, enseguida nos unió también la lectura. La lectura y los libros.

Una tarde, mientras volvíamos caminando, mi amiga y yo decidimos crear una biblioteca.

Algunos escritores suelen contar que en la biblioteca del abuelo tenían, completa, la literatura universal y sólo era cuestión de abrir una puerta familiar para encontrar a todos los autores. Otros narran visitas frecuentes a un tío, en cuya casa las paredes estaban revestidas de libros y libros a los que siempre tenían acceso. Los que tuvimos abuelos sin biblioteca o parientes sin sala de lectura hicimos, en cambio, otros descubrimientos menos privados y anduvimos de biblioteca en biblioteca para aplacar la sed de libros que teníamos. Eran bibliotecas públicas, escolares, municipales o vecinales, de donde nos llevábamos un libro

tras otro, que elegíamos con criterios siempre distintos y muchas veces azarosos. Pedíamos un autor porque le había gustado a un amigo, o porque después de recorrer los estantes un título se imponía sobre el resto. A veces elegíamos también por la tapa. Creo que fueron contadas las veces que me llevé un libro por recomendación de alguna bibliotecaria, pero ahora que lo pienso esos rechazos a las sugerencias oficiales deben de haber sido puro capricho, probablemente. Y así como rechazaba esas sugerencias, por alguna razón jamás había sacado de ninguna biblioteca un libro de Stevenson. Varias veces se me había cruzado entre las manos, pero siempre me decía que lo leería más adelante y eso mismo les repetía a las bibliotecarias cada vez que me lo sugerían.

"¿Y en dónde vamos a poner la biblioteca?", le pregunté a mi amiga aquella tarde antes de separarnos. "En mi casa", me contestó ella. Por suerte su madre se lo prohibió. Era una española tan limpia y prolija como no he conocido nunca a nadie en la vida y era lógico que para esa mujer, que vivía en un universo impecable y reluciente a fuerza de lavandinas y trabajo, los libros sólo significaran polvo, suciedad, turbación, y la trastornaran. Así que teníamos que instalar la biblioteca en mi casa, y decidimos que el mejor lugar sería mi cuarto. Pero necesitábamos libros y socios, y un día salimos a buscarlos: vecinos de la cuadra, los amigos de nuestros padres, comerciantes del barrio, dentistas y farmacéuticos, y enseguida toda persona que se nos cruzara. La única condición para inscribirse era la donación de tres libros de literatura contra entrega de los

cuales les dábamos un carné de cartulina que habilitaba a retirar un ejemplar por una semana. En unos pocos días hicimos varios socios, pero también, y esto era lo único que nos importaba, juntamos unos cuantos libros. Un sábado compramos en la librería varios pliegos de un papel barato con el que forramos todos los ejemplares. Después vaciamos buena parte de mi placard y ubicamos los libros en los estantes. Desde el principio tuvimos la impresión de que muchos de los socios habían aprovechado la inscripción para limpiar sus bibliotecas, pero lo cierto es que mientras ellos hacían limpieza nosotras nos alzábamos con libros que nunca tendríamos que devolver. Varios tomos de la colección Robin Hood, *El matadero* y *La cautiva*, novelas de autores a los que nunca habíamos oído nombrar, antologías de cuentos latinoamericanos, algo de poesía, piezas teatrales de Chéjov, unas pocas biografías, el *Martín Fierro*, Robert Louis Stevenson, *Don Segundo Sombra*, Borges, Alejandra Pizarnik, un diccionario, Walt Whitman, Ernesto Sábato, *Mujercitas*, Roberto Arlt. Por algún tiempo se acabaría para nosotras el peregrinaje por las bibliotecas cercanas.

Pronto descubrimos que los libros de Stevenson eran los más donados por los socios. Y más, en aquellos estantes Stevenson era el único autor que se repetía. *La isla del tesoro* —del que tuvimos varios ejemplares de diferentes ediciones y todos estaban gastados—, *El diablo en la botella*, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, un libro de fábulas, un tomo de poemas que tenía una tapa verde con letras doradas y los *Cuentos de los mares del sur*, un ejemplar de tapas blandas y hojas gruesas y amarilleadas de lecturas y vejez.

El día que terminamos de ordenar, mi amiga y yo nos paramos frente a los estantes repletos de libros y permanecemos en silencio leyendo los lomos en los que habíamos pegado una etiqueta con el título y el autor de cada ejemplar. Tantos libros y todos allí al alcance de las manos.

Aquella tarde en Burzaco, paradas frente a un puñado de estantes con libros forrados con papel barato, tal vez las dos sintiéramos que estábamos frente a la biblioteca de Alejandría.

Lo cierto era que Stevenson, a quien yo había evitado de un modo u otro durante mis itinerarios por las bibliotecas cercanas, ahora estaba ahí, con una presencia que me resultaría ineludible cada vez que entrara a mi cuarto. Stevenson —no lo pensaba en ese momento pero lo pienso ya desde hace un tiempo— es casi un destino. En algún momento de su vida el lector abrirá un libro de Stevenson y empezará a leerlo porque este narrador inglés, desde hace más de ciento cincuenta años, como un sino, está siempre en el recorrido de nuestras lecturas, y espera paciente. A Stevenson lo leen los chicos, pero hay también muchos adolescentes que recién acceden a sus historias en el colegio, de la mano de los profesores de Literatura que lo incluyen en sus programas de estudio. Hay también quienes abren un libro de Stevenson por primera vez cuando son adultos, en algunos casos para leerles historias a sus hijos.

En los días y las noches que siguieron —lo fantástico de aquella biblioteca era que estaba siempre abierta— también se sucedieron para mí las lecturas de sus libros y un descubrimiento que aún hoy conservo inalterable: Stevenson era uno de los mejores contadores de historias.

Por aquellos días pasé muchas horas leyéndolo pero, a diferencia de la mayoría de los lectores que gustan de sus libros por el género de aventuras o los temas fantásticos, no era ni una cosa ni la otra lo que más me atraía de Stevenson. Tampoco era la trama lo que me impactaba. Había algo en los relatos que hacía que yo quisiera leer las historias de principio a fin. ¿Qué tenía Stevenson que ejercía un magnetismo tan fuerte? Lo supe después: su poder está en la prosa. Sus páginas son lecciones de estilo. La justeza de las oraciones es lo que organiza los hilos de una escritura de precisión en un tejido sin agujeros.

Por aquellos días y noches y dentro de aquella biblioteca nuestra, mi experiencia con los libros de Stevenson fue de una entrega total. No tenía conocimiento alguno de la vida del autor más allá de lo que las solapas y contratapas informaban. Que había pasado buena parte de su vida enfermo de tuberculosis y que había muerto a los cuarenta y cuatro años. Más tarde, y tal vez por entonces ya ni existiera nuestra biblioteca, conocí algunos otros datos del autor. Que era rebelde, que tenía amigos pandilleros que sus padres desaprobaban y con los que a él le gustaba compartir vino y tabaco y a quienes les prestaba dinero con gran generosidad, privándose él mismo de ciertas comodidades básicas. Que a veces supo tener tal aspecto de vagabundo que llegaron a confundirlo con un pordiosero. Que se enamoró de Fanny, una norteamericana casada que tenía dos hijos, a quien siguió hasta California sin que sus padres supieran y con quien finalmente se casó y se fue a vivir a Samoa, una isla del Pacífico, donde los nativos, que lo admiraban, lo llamaban *Tusitala*, que quiere decir "narrador de historias".

No recuerdo cuánto duró nuestra biblioteca, pero todo aquel tiempo fue una gloria verdadera porque, como los socios no retiraban nunca ningún ejemplar, tuvimos siempre todos los libros para nosotras dos solas y leíamos sin parar.

Hace tantos años que no veo a aquella amiga de los libros, pero hay algo de esta historia que continúa desde entonces. Desde aquellos días, cada vez que entro a una biblioteca busco a Stevenson en los estantes. Y casi siempre lo encuentro. El destino. Y Tusitala. A la espera de un lector, una lectora, que se crucen con él, abran uno de sus libros y lo lean.

El diablo en la botella

En la isla de Hawaii vivía un hombre a quien llamaré Keawe, porque la verdad es que todavía vive y su nombre debe mantenerse en secreto. El lugar de su nacimiento no estaba lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande se hallan ocultos en una cueva. Este hombre era pobre, valiente y activo; sabía leer y escribir como un maestro de escuela, y también se destacaba como marino, pues había navegado mucho tiempo en los vapores de la isla, y llegó a ser piloto de un barco ballenero en las costas de Hamakua. Un día Keawe quiso conocer más el mundo y visitar ciudades extranjeras, y se embarcó en una nave rumbo a San Francisco.

Ésta es una magnífica ciudad, con un gran puerto y habitada por mucha gente de fortuna. Hay en ella una colina muy especial, cubierta de palacios. Cierta vez Keawe estaba dando un paseo por esa colina, con los bolsillos llenos de dinero y mirando con placer las lujosas mansiones. “¡Qué hermosas casas hay por aquí —pensaba—, y qué felices deben de ser sus ocupantes, sin preocuparse por el futuro!”. En esto iba pensando, cuando llegó ante una casa más pequeña que las otras,

pero tan bien terminada y tan bella como un juguete. Sus escalones relucían como la plata, los linderos del jardín florecían como guirnaldas, y las ventanas brillaban como diamantes. Keawe se detuvo, maravillado ante la belleza de la construcción. Al detenerse, advirtió que un hombre lo miraba desde una ventana; se veía tan claramente que Keawe podía contemplarlo como se ve un pez en las tranquilas aguas de un arrecife. El hombre era maduro, calvo y de barba negra, y en su rostro se notaban las huellas de una gran tristeza. Suspiraba en ese momento con enorme amargura. La verdad es que, así como Keawe miraba al hombre de la ventana, el hombre lo miraba a él, y cada uno envidiaba al otro.

De pronto el hombre sonrió y le hizo a Keawe una seña para que se acercase, mientras se encaminaba hacia la puerta de la mansión.

—Ésta es mi hermosa casa —le dijo el hombre, suspirando—. ¿No le gustaría verla por dentro?

Keawe aceptó la invitación y el hombre le mostró la vivienda desde el sótano hasta la azotea, dejando a su visitante atónito ante tanta perfección.

—Realmente —opinó Keawe— esta casa es preciosa. Si yo viviese en un lugar así, me reiría todo el tiempo. Dígame, entonces, ¿por qué suspira a cada instante?

—No hay ninguna razón para que usted no tenga una vivienda como ésta, y mejor aún, si así lo desea —le dijo el desconocido—, pues supongo que usted tendrá dinero.

—Tengo cincuenta dólares —replicó Keawe—, pero una casa como ésta vale mucho más que eso.

El hombre sacó cálculos mentalmente y continuó:

—Lamento que usted no tenga más dinero, porque esto podría traerle preocupaciones en el futuro, pero se la venderé en cincuenta dólares.

—¿La casa?

—No, la casa no —contestó el hombre—. La botella. Porque debo confesarle que, aunque parezca rico y feliz, toda mi fortuna, hasta esta casa con su jardín, la tengo gracias a una pequeña botella. Aquí está.

Abrió un mueble cerrado con llave y sacó de allí una botella redonda y panzona, de cuello largo; el vidrio de la botella era de color blanco lechoso, con reflejos variables, semejantes a los colores del arco iris. Adentro algo se movía, como la sombra de un fuego en la oscuridad.

—Ésta es la botella —dijo el hombre y, como Keawe se reía, agregó—: ¿No me cree? Véalo usted mismo, entonces. Trate de romperla.

Keawe tomó la botella y la tiró al suelo varias veces seguidas, hasta cansarse, pero la botella rebotaba como una pelota, sin sufrir ningún daño.

—Esto es muy raro —dijo Keawe—. Tanto por el tacto como por el aspecto, la botella parece de vidrio.

—Y es de vidrio —contestó el hombre, suspirando con mayor amargura—, pero el vidrio de esta botella ha sido templado en las llamas del infierno. Dentro de ella vive un diablo: ésa es la sombra que nosotros vemos; o al menos eso es lo que yo creo. El diablo se pondrá a las órdenes de cualquiera que compre la botella, y todo cuanto desee, amor, fama, dinero, casas como ésta, o incluso ciudades como San Francisco, todo será suyo con sólo pronunciar el deseo. Napoleón fue dueño de

esta botella, y así llegó a ser el emperador del mundo; pero la vendió y fue derrotado. El capitán Cook también la tuvo y gracias a ella llegó a descubrir muchas islas; pero la vendió y fue asesinado en Hawaii. Porque, una vez vendida, desaparecen el poder y la protección; y, si el hombre no se conforma con lo que tiene, le sucederán las peores desgracias.

—Pero, entonces, ¿por qué habla usted de venderla?

—Ya tengo cuanto deseo y me estoy poniendo viejo —contestó el hombre—. Hay algo que el diablo no puede hacer y eso es prolongar la vida; y no sería justo que le ocultara que la botella tiene un grave inconveniente: si un hombre muere antes de poder venderla, arderá para siempre en el fuego del infierno.

—Sin duda es un inconveniente y es bueno no equivocarse —exclamó Keawe—. No quiero saber nada con cosas como éstas. Puedo arreglármelas sin una casa, gracias a Dios, pero lo que no puedo ni quiero es terminar en el infierno.

—Por favor, no debe asustarse por esta circunstancia —siguió diciendo el hombre—. Todo lo que tiene que hacer es usar el poder del demonio moderadamente y después vender la botella a otra persona, como yo lo hago con usted, y terminar su vida en paz.

—Está bien, pero hay dos cosas que me llaman la atención —observó Keawe—. Durante todo este tiempo usted ha estado suspirando como una adolescente enamorada, ésa es la primera; y la otra, veo que vende la botella muy barata.

—Ya le expliqué por qué suspiro. Tengo miedo porque mi salud decae; y, como usted ha dicho, morir y termi-

nar en el infierno es terrible para cualquiera. En cuanto a por qué la vendo tan barata, le explicaré cierta particularidad sobre la botella. Cuando el diablo la trajo por primera vez a la Tierra, hace ya muchísimo tiempo, la botella era enormemente cara, y fue vendida en primer término al preste Juan en muchos millones de dólares; pero para poder venderla debía entregarse la botella a un precio menor que el anterior. Si usted vende la botella al mismo precio que la compró, la botella regresa a usted como una paloma mensajera que vuelve al palomar. Por esta causa, el precio ha ido bajando durante siglos, y ahora la botella es muy barata. Se la compré a uno de mis mejores vecinos y pagué por ella sólo noventa dólares. Podría venderla hasta en ochenta y nueve dólares y noventa y nueve centavos, pero ni una moneda más, o la botella regresaría a mí. Pero hay dos problemas: en primer lugar, si usted ofrece una botella tan particular por apenas ochenta dólares, la gente pensará que usted les toma el pelo; segundo..., pero no hay apuro por decirle esto: es mejor no entrar en detalles. Solamente tendrá que recordar lo que pagó por ella y tener presente que la venta debe hacerse en dinero contante y sonante.

—¿Cómo puedo saber si lo que me dice es verdad?
—preguntó Keawe.

—Podrá averiguarlo ahora mismo —contestó el desconocido—. Deme los cincuenta dólares, tome la botella y pida que sus cincuenta dólares regresen a su bolsillo. Si esto no ocurre, le doy mi palabra de honor de que nuestro trato quedará roto y le devolveré su dinero.

—¿No me está engañando? —preguntó Keawe.

El hombre juró que lo que decía era verdad.

—Bueno, me arriesgaré; no tengo nada que perder —dijo Keawe.

Y entregó los cincuenta dólares al hombre a cambio de la botella.

—Diablo de la botella —agregó—, quiero mis cincuenta dólares de regreso.

Y no había terminado de decir estas palabras cuando sintió que su bolsillo pesaba como antes.

—No hay duda de que es una botella maravillosa —afirmó Keawe.

—Y ahora, amigo mío, buenos días, ¡y que el diablo lo acompañe! —dijo el hombre.

—¡Un momento! —exclamó Keawe—. No quiero continuar con esta broma. Tome de nuevo su botella.

—No, señor, usted la ha comprado por menos de lo que yo pagué por ella —repuso el hombre frotándose las manos—; ahora la botella es suya; y en lo que a mí respecta, sólo me importa verlo marcharse.

Dicho esto, llamó a un sirviente chino que acompañó a Keawe hacia la puerta.

Cuando Keawe estuvo en la calle, con la botella bajo el brazo, se puso a pensar: “Si todo lo de esta botella es cierto, acabo de hacer un mal negocio. Pero quizás ese hombre sólo se burló de mí”. Lo primero que hizo fue contar de nuevo su dinero: tenía exactamente cuarenta y nueve dólares y una moneda chilena. “Parece que es verdad —se dijo Keawe—. Probaré otra cosa”.

En aquel barrio de la ciudad las calles estaban tan limpias como la cubierta de un barco, y aunque